

preguntaba él mismo si se sentiría feliz si todo lo que esperaba del progreso intelectual y político estuviere realizado, y optaba por la negativa. La vida se tornó entonces para él pesada y vacía. Ejecutaba maquinalmente su trabajo, pero le parecía que en él se había agotado el manantial de su vida moral. El análisis incessante le había hecho todo muerto. La psicología en la cual había sido educado había reconocido que los sentimientos son influenciados y modificados por el desarrollo de las ideas, pero no había visto que no se pudiesen crear y conservar de esta manera fuertes y profundos sentimientos si no reciben un alimento suficiente por experiencias involuntarias y por una influencia vigorosa é inmediata de todos los instantes. Le parecía ahora que, al comienzo de su viaje, había naufragado con un buque bien equipado y con gobernable, pero sin vela. Era una reacción contra el sobrecargo intelectual de sus años de infancia, y especialmente contra el desarrollo exclusivo de la inteligencia. Y era al mismo tiempo una reacción contra el pensamiento del siglo XVIII, reacción que debía producirse, naturalmente, en un joven que, educado en las ideas del tiempo antiguo, se encontraba en medio de las ideas de los tiempos nuevos, aunque no las hubiese adoptado aún. La crisis intelectual de Mill fué dominada por nuevas experiencias, ideas nuevas y una nueva concepción humana. Se sintió profundamente impresionado por un pasaje conmovedor contenido en una biografía, y comprendió así que el manantial del sentimiento no estaba agotado en él. «No estaba ya desesperado; sentía que yo no era ni un pedazo de leño ni una piedra.» Eso le dió nuevo valor. Se engolfó en la lectura de los poemas, entre los cuales Wordsworth adquirió gran importancia para él. Comprendió qué alimento moral indispensable puede dar la poesía; hasta entonces se había inclinado á creer, con Bentham, que inculcaba á los hombres ideas falsas. Aprendió á hacer justicia en la vida á lo inconsciente y á lo involuntario, y supo por experiencia cuánto importa no fijar su mirada en su propia felicidad como fin último, sino pro-

ponerse un fin más elevado; sólo con esta condición puede encontrarse la felicidad. «Sólo son felices los que fijan su mirada en otra cosa que su propia felicidad... Pregúntate á tí mismo si eres feliz, ¡y cesarás de serlo!» A eso venían á agregarse nuevos estudios, en particular de los historiadores franceses (Guzot, Michelet, Tocqueville), que le enseñaron que las instituciones y las leyes se desarrollan conforme á reglas naturales, que corresponden, naturalmente, al grado de desarrollo de la sociedad y de las opiniones, y que su perfección debe juzgarse con arreglo á esta pauta, y, además, el orden debe observarse por el progreso no puede cambiarse más que has- observado por la intervención de las voluntades. Los ta cierto punto por la intervención de las voluntades. Los escritos de Comte y de los sansimonianos hicieron, sobre todo, gran impresión sobre él. Aprendió á conocer la diferencia entre los períodos críticos y los períodos orgánicos, y los escritos de Carlyle produjeron en él el efecto de una vigorosa poesía de la personalidad. Reconoció que no se pueden tratar los hechos humanos de una manera absolutamente deductiva, como había creído hasta entonces con su padre y Bentham, y que no hay derecho á atribuir á las condiciones exteriores una influencia en extremo decisiva. Sintióse impulsado á hacer plena justicia á la experiencia, lo cual era lógico, por lo demás, en un partidario de la filosofía experimental. Esta crisis y su solución influyeron también sobre sus ideas religiosas, aunque no haga mención detallada de este punto en su autobiografía, donde se limita á decir que entrevió entonces la importancia del desarrollo del hombre interior. El fundamento de las ideas religiosas que ha expuesto en los artículos encontrados á su muerte fué establecido durante estos años, como demostraremos más adelante. Fué considerado por los amigos de Bentham como un hombre que había roto con los prejuicios de secta para apostarse de la verdad. En una conversación referida por Carolina Fox, John Sterling, amigo de Mill, dice de él que ha abandonado su situación de jefe indiscutible en un poderoso

partido para entrar como simple soldado en el ejército de la verdad. Sterling espera que los libros de Mill contribuirán a adjudicar al sentimiento de respeto el puesto que tantos le habían negado. Pero lo que la emoción y el olvido de sí mismo habían comenzado, lo que la perspectiva histórica amplia y el sentido religioso habían desarrollado, sólo adquirió en su vida toda la plenitud de acción deseable por el conocimiento que hizo de la mujer con la cual se casó más tarde, á la cual atribuye él mismo una influencia absolutamente dominante sobre su evolución moral, y que considera, en general, como un espíritu altamente superior. Al cantar las alabanzas desbordantes de entusiasmo de esta mujer, planteó á sus amigos y á sus lectores (especialmente en su autobiografía) un enigma, porque parece atribuirle todo lo que ha hecho. La clave del misterio radica, sin duda, en que en este, como en otros muchos casos ocurre, Eros fué el gran preceptor que abrió los ojos al ideal, despertó el sentido de las cualidades íntimas y personales y provocó en el sentimiento un impulso que no se satisface con el objeto que lo ha producido. Así se puede explicar que los parientes y amigos de Mill no hayan podido encontrar nada extraordinario en la que se le figuraba á él un genio supremo. Uno de sus hermanos, que la conocía muy bien, acostumbraba á decir que era una mujer hábil y notable, «pero en nada comparable á lo que Juan cree». Cuando Mill explica en detalle lo que le debe, exceptúa de su influencia sus trabajos puramente científicos (la lógica y las partes teóricas de la economía política), y la caracteriza, por el contrario, como una mujer que poseía el sentido más libre y más audaz de lo ideal y del contenido posible del porvenir, aunque sentía también mucha afición hacia los hechos concretos y ejercía la facultad de hacérselos inteligibles, á ella lo mismo que á otro. Agrega que estaba en condiciones de concebir, seguramente, la importancia relativa de los diferentes puntos de vista (1). Se comprende que Mill haya en-

(1) Vid. Stuart Mill: *Autobiography*.—Bain (*John Stuart*

contrado lo que hasta entonces le faltaba en su vida y aquello á que le había hecho menos sensible su educación, hasta que lo tropezó en una realidad personal. Encontró á su Beatriz, como Comte había encontrado la suya.

Muy joven aún, Mill entró en el dominio de la actividad práctica; á los diecisiete años fué colocado al servicio de la Compañía de las Indias Orientales, donde subió gradualmente hasta el puesto más elevado, que su padre había ocupado antes de él. Durante algún tiempo dirigió la instrucción, y después la correspondencia, del gobierno de las Indias con los príncipes indios y con los Estados del extranjero, y, por último, ejerció la alta vigilancia de toda la administración como *Chief Examiner of the Indian Correspondance* (Examinador principal de la correspondencia india). Sus servicios en estos puestos fueron incondicionalmente aprobados por las personas competentes; y cuando se disolvió la Compañía de las Indias Orientales, se le ofreció un puesto en el nuevo *Consejo de Indias*, que rehusó, sin embargo, por razones de salud. En sus horas de ocio continuaba sus estudios. Joven aún, había sido miembro asiduo de un club donde algunos discípulos de Bentham se reunían con jóvenes pertenecientes á otros círculos, y que eran, ya estudiantes de derecho del partido *tory*, ya partidarios de Coleridge, para entablar vivas controversias sobre cuestiones de filosofía, de literatura y de política. Como autor, no escribió durante algún tiempo más que en revistas y periódicos. Ha reunido sus artículos más considerables en una serie de obras con el título de *Dissertations and Discussions*. Sus

Mill: a criticism, pág. 163-174; Londres, 1882) da una característica interesante de las relaciones de Mill con su mujer, fundada en diversos testimonios y sobre un análisis psicológico. Teodoro Gomperz (*John Stuart Mill: último adiós*, pág. 18; Viena, 1889) describe una visita al domicilio de Stuart Mill. La mujer de Stuart Mill toma parte en la conversación, lanzando «una buena frase deslumbrante», y hasta cuando la discusión se internó en el dominio puramente filosófico, «su marido, que le prestaba una atención llena de recogimiento le pidió su opinión, que ella dió en un lenguaje claro y bien coordinado».

ideas definitivas sobre las cuestiones de filosofía se constituyeron hacia 1830. Entre las influencias que sufrió en último lugar, deben citarse especialmente las de Comte y de Carlyle. En estos artículos se observa el equilibrio excepcional y la universalidad sorprendente que distinguen al pensamiento de Stuart Mill. Cuando la severa escuela de pensamiento claro, por la cual había pasado en su infancia, hubo sido completada con experiencias más abundantes, se vió en condiciones de manifestar su gratitud á muchas cosas y de difundir la luz por muchos lados.

La reacción contra el pensamiento del siglo XVIII, y especialmente contra las ideas procedentes de Bentham y de James Mill, influyó más vigorosamente sobre la concepción social, literaria y religiosa de Stuart Mill, que sobre su concepción de conjunto en filosofía (teoría del conocimiento y filosofía moral). Los Diarios de Carolina Fox nos le describen en medio de hombres eminentes que frecuentaban la casa de la inteligente familia de los Falmonthor, pertenecientes á la secta de los cuáqueros (1). Mill había estado en Cornouailles para cuidar á uno de sus hermanos, enfermo del pecho. Sus diálogos y sus conversaciones con él, que han sido reproducidas, tienen un carácter de afecto y originalidad, y atestiguan hasta qué punto estaba penetrado por la vida y por sus deberes. Habla mucho en el sentido de Carlyle, y los que le rodeaban entonces apenas han debido sospechar que estaban en presencia de uno de los espíritus más radicales del siglo. Más tarde, cuando se publicó el libro *De la libertad*, su oyente asidua lo

(1) Véanse *Memories of Old Friends from the Journals of Caroline Fox*, I, pág. 150 y siguientes; II, págs. 218 y siguientes, compárese con págs. 77 y 143. (Edited by Horace S. Pym; Tauchnitz Edition; Leipzig, 1881. Estos Diarios dan un bosquejo en extremo interesante de la vida espiritual de toda una serie de poetas, de pensadores y de hombres de ciencia distinguidos de Inglaterra. Durante muchos años, Carolina Fox transcribió cada noche lo que había retenido de las conversaciones de los invitados eminentes que frecuentaban la casa de sus padres.

encontró muy sorprendente (como había encontrado la *Vida de Sterling*, de Carlyle). Para Mill no había contradicción entre la filosofía de la personalidad, á la cual había sido inducido, y la manera estrictamente racional de considerar el conocimiento y la vida, que practicaba al hacer sus investigaciones. Su importancia estriba en una parte esencial, precisamente en que ha despojado la filosofía de la personalidad del carácter romántico, hostil al conocimiento, que tenía en Carlyle. Para él, la intimidad y el entusiasmo personales no eran irreconciliables con la investigación infatigable de las razones justificativas y de las conexiones causales. Supo después de su crisis que se puede poseer una amplia perspectiva de la vida sin temer ó sin despreciar por eso el pensamiento. Eso es lo que no quería entrar en la cabeza de Carlyle. «El pobre diablo, decía de Mill, ha debido desatollarse de la doctrina de Bentham, y las emociones y los sufrimientos que ha resistido le han inspirado pensamientos que jamás han pasado por la cabeza de Bentham. Pero hay, á pesar de eso, un celo excesivo en probarlo todo. Si John Mill fuese al cielo, seguramente no estaría contento mientras no hubiese descubierto cómo está allí todo organizado. Por mi parte, no me cuidaría mucho de la maquinaria que allí reina; cesaría en absoluto de preguntarme si hay entre los ángeles una profesión de artesanos ó una clase de obreros.» (*Memories of old friends from the Journals of Caroline Fox*, I, pág. 268; Edición Tauchnitz.) Carlyle ha indicado, bajo una forma humorística, que da en el blanco con exactitud, la diferencia que hay entre Stuart Mill y él. Acaso debemos añadir, sin embargo, que si el cielo no está reservado especialmente á los románticos, la inteligencia del mecanismo de la vida y de la manera de trabajar con él será necesaria para preparar el camino del cielo. La acusación que Carlyle hace á Mill, podría hacerla lo mismo á Sócrates, que esperaba pasar el tiempo en el mundo futuro comprobando y haciendo indagaciones como por acá.

Stuart Mill atribuía una significación poética, en extremo

considerable, á la discusión puramente teórica emprendida en los tiempos modernos entre el empirismo y la especulación. Todas las ideas y las tendencias falsas en el dominio de la moral, de la religión y de la sociedad, pensaba, son imposibles de aniquilar si no se refuta esta indicación: que se pueden adquirir verdades por la intuición inmediata, por medio del pensamiento puro, independientemente de la experiencia y de la observación. Esta afirmación hace, en efecto, de una opinión la prueba de sí misma. Jamás ha sido imaginado mejor medio para conservar seguramente todos los prejuicios arraigados. A eso Mill opone la derivación de todo conocimiento de la experiencia y la explicación de todas las cualidades intelectuales y morales por medio de las leyes de la asociación de las ideas. Hay ahí bastantes problemas á resolver, mientras que la filosofía intuitiva, que señala la reacción del siglo XIX contra el XVIII, favorece la pereza de los hombres y ofrece al mismo tiempo un abrigo á toda clase de prejuicios conservadores. Esta orden de ideas constituye el fondo de sus dos grandes obras filosóficas: *System of Logic* (1843) y *Examination of Sir William Hamilton's Philosophy* (1865). En su lógica ha dado por primera vez una teoría de la inducción, que sistematiza los métodos experimentales, como Aristóteles sistematizaba los métodos que proceden por el razonamiento deductivo. Aristóteles tenía por predecesores á los filósofos y á los sofistas griegos, y por punto de partida las discusiones apasionadas que tenían lugar en Atenas, especialmente en las escuelas socráticas. Stuart Mill construía sobre la historia de la ciencia moderna de la naturaleza de los tres últimos siglos y sobre el análisis de las formas, en las cuales ha realizado su trabajo. Su obra representa la exposición más acabada que se ha llevado á cabo del empirismo en la teoría del conocimiento; del mismo modo que en el *Analysis*, su padre había desarrollado el empirismo en el terreno psicológico. Se advierte en el fundamento de la lógica de Mill una influencia evidente y funesta de la teoría psicológica de su padre, teoría que abandonó más tarde (en

parte en las notas puestas á una nueva edición del *Analysis*, en parte en la obra sobre la filosofía de Hamilton), sin tener conciencia del efecto que esta modificación ejerce, á decir verdad, sobre la teoría del conocimiento. Su gran amor á la verdad, que se manifiesta por el trabajo que se toma de detenerse en cualquier objeción para hacerla manifestarse en todas sus consecuencias, le ha abierto igualmente los ojos á verdades que no podía ver aún al comienzo de su carrera. En 1830 comenzó á componer su lógica, y en la última edición de su obra sobre la filosofía de Hamilton, hacia el fin de su vida, emprende también la tarea de aportar á su concepción las modificaciones que había descubierto, ocupándose sin cesar en los problemas. Partiendo de la concepción de Hume y de James Mill, de que la conciencia es una serie ó un grupo de elementos independientes que se asocian entre sí conforme á las leyes de la asociación de una manera puramente exterior y, á decir verdad, inexplicable, acaba por reconocer la unidad y el encadenamiento de la conciencia en cuanto hecho psicológico fundamental. Mill ha reconocido que el principio de unificación, que Hume quería desterrar, es la piedra angular. Eso equivale á una ruptura con la escuela inglesa, cuya importancia no veía Mill.

A más de los escritos puramente filosóficamente citados (á los cuales hay que añadir una interesante obra sobre Auguste Comte), hay también toda una serie de importantes escritos éticos, políticos y sociales por el fondo. En esta categoría entran sus *Principles of Political Economy* (1848), donde concibe la economía política como una parte de la sociología, y donde separa las leyes de la producción de las leyes de la repartición, separación que le permite reconocer el buen fundamento de los sistemas socialistas. Hasta entonces, siguiendo las huellas de su padre y de Bentham, había combatido contra la dominación de ciertas clases y por la libertad individual; pero ahora vió que detrás de la emancipación política se cullía una cuestión mucho más grave: la cuestión social. Ya los saussimonianos le habían abierto los ojos

sobre este problema. Su *Essay on Liberty* (1859) demuestra que no perdió de vista la importancia de la libertad individual. En el artículo *Utilitarianism* defiende la doctrina utilitaria ética contra sus adversarios, y en las *Considerations on representative government* (1860) expone su teoría política.

De 1865 á 1868 fué Mill miembro de la Cámara baja; fué estimado por la claridad de su espíritu y su conocimiento de los asuntos, aunque tomase principalmente la palabra en las cuestiones que eran menos populares. Gladstone se ha expresado como sigue, sobre la actividad parlamentaria de Stuart Mill, en una carta (del 19 de Diciembre de 1858, citada por Gomperz: *John Stuart Mill: Ein Nachruf*, pág. 46; Viena, 1889): «Los talentos distinguidos de Mill eran bien conocidos de todos nosotros antes de su entrada en el Parlamento. Lo que nos revelaba, al menos á mí, su manera de portarse, era la nobleza de su carácter. Yo acostumbraba en esta época á llamarle en la conversación el santo del racionalismo... Era enteramente inaccesible, inabordable á todos los impulsos y á todos los motivos que ordinariamente influencian á los parlamentarios por intermedio de su egoísmo. Su manera de expresarse y de obrar hacía el efecto de un sermón. Por otra parte, era un filósofo, pero no un hombre extravagante. Unía, á mi juicio, el sentido vigoroso y el tacto práctico del hombre de Estado con la elevada independencia del pensador solitario. No necesito decir que saludé con júbilo su aparición y deploré profundamente su desaparición, y eso por interés de la Cámara entera de los Comunes. Nos era saludable á todos. En todo partido, en toda tendencia política (debo confesarlo á disgusto), tales hombres son raros.» La razón por la cual Stuart Mill no fué reelegido, estribó en que se utilizaron contra él sus opiniones religiosas y también en que sus ideas radicales en política eran demasiado avanzadas para la clase de electores que le habían elegido.

Stuart Mill murió, durante una residencia en Avignon, el 5 de Mayo de 1873. Con él se iba uno de los espíritus más

eminentes, más leales y más nobles de nuestro siglo, uno de los que podemos poner en parangón con los grandes hombres del pasado. Su vida, tal como la ha descrito, es un manantial de enseñanzas para todos los que aspiran á un ideal, y sus escritos difunden una luz nueva sobre algunos de los objetos más importantes del pensamiento humano (1).

b) — *La lógica inductiva.*

La fuerza principal de Stuart Mill como pensador, consiste, especialmente, en la discusión infatigable, en el valor con que da vueltas y más vueltas á los problemas para llegar á sus últimas condiciones. En las ediciones posteriores del *System of Logic*, donde tiene en cuenta las objeciones hechas á sus teorías, su exposición toma un carácter de diálogo. Del mismo modo que el autor de un diálogo, cuando éste último merece verdaderamente su nombre, se esfuerza en hacer resaltar los diferentes puntos de vista en la forma más clara y más característica posible, así también Mill se esfuerza, con todas sus energías, por hacer plena justicia á las objeciones de sus adversarios; los adversarios son considerados por él, á decir verdad, más bien como colaboradores. Bien se deja entender que su inteligencia de las concepciones de otro tenía límites. Era el mismo límite que su personalidad y su punto de partida histórico, como pensador, imponían, de una manera general, á sus investigaciones. Este límite resalta con tanta mayor nitidez en un examen crítico, cuanto que el fundamento psicológico de toda su teoría del conocimiento se mo-

(1) En mi obra *Den Engetake Filosofi i vor Tid*, pág. 47 (Kjöbenhavn, 1874) yo me había dejado arrastrar por la crítica á emplear expresiones denigrantes al hablar de algunas opiniones de Mill. Persevero aún en esta crítica, pero hoy no me serviría ya de esos términos que, por lo demás, han sido borrados en la traducción alemana (*Introducción á la filosofía inglesa contemporánea*, traducida por el Dr. Kurella; Leipzig, 1889), y que las disertaciones póstumas de Mill sobre la filosofía de la religión, aun no publicadas por entonces, refutan. Además, el estudio de Mill y de sus obras ha aumentado mi admiración hacia él.

difica en él sin que parezca haberlo notado. Quien quiera juzgar á Stuart Mill debe buscar, ante todo, en él al gran investigador. Los servicios que ha prestado á la filosofía no desaparecerán con la solución de la cuestión de saber si ha conseguido desarrollar el empirismo en una forma tal que Hume mismo no la había pensado aún tan absoluta.

Mill opone la lógica de la experiencia á la lógica del pensamiento puro, ya como lo contrario, ya como la ampliación de ésta. El pensamiento puro no puede extender nuestro conocimiento; no puede más que ayudarnos á conservar la concordancia de nuestras ideas. Pero las verdades nuevas no se adquieren más que por la observación y la experiencia, y entonces se plantea la cuestión de saber de qué manera podemos probar las verdades nuevas sobre el fundamento de la observación. Mill concede importancia á la prueba, no al descubrimiento. Para él el interés capital es someter todas las opiniones á un fuego purificador, antes de que ocupen un puesto en el cielo de la verdad. De qué manera se forman al principio las opiniones, eso le interesa menos; la justificación y la prueba, he aquí lo que le importa. La importancia y el valor práctico de la filosofía, Mill la ve, como Carlyle, en que es una lucha contra la costumbre. Las opiniones que se han formado en el hombre por medio de asociaciones, de ideas involuntarias ó recibidas por la tradición, deben ser desmenuzadas y acisoladas, á fin de rechazar los prejuicios que impiden el progreso. Las grandes esperanzas que Mill tenía en el progreso del género humano, se basaban, esencialmente, en la reducción de todas las opiniones á la experiencia.

Abstracción hecha de los casos en que un principio general es establecido por una autoridad, como ocurre con los principios de la teología y del derecho, toda proposición general no es, según Mill, más que la suma de una serie de observaciones particulares. Por eso la lógica deductiva, que comienza por proposiciones generales, supone una lógica inductiva que demuestra cómo llegamos de las observaciones particulares á estas proposiciones generales. Si yo razono,

por ejemplo, de esta manera: «todos los hombres son mortales; el duque de Wellington (que estaba aún en vida cuando Mill escribió su lógica) es un hombre; luego el duque de Wellington es mortal»; es claro que, para tener el derecho de establecer la primera proposición sobre la mortalidad de todos los hombres, debo tener, á decir verdad, la certeza de que el duque de Wellington morirá igualmente. Pero, en realidad, dice Mill, yo no deduzco de la muerte de todos los hombres la muerte de Wellington, sino que deduzco de una larga serie de experiencias de la muerte de hombres particulares la muerte de este hombre particular que es Wellington. Si yo supiese, realmente, que todos los hombres son mortales, no tendría ninguna necesidad de sacar una conclusión, porque la mortalidad de Wellington estaría comprendida en la mortalidad general. Mi razonamiento es, pues, el siguiente: Juan es mortal, Tomás es mortal, etc., etc.; luego Wellington debe ser igualmente mortal. En el fondo de todo silogismo cuya mayor no está establecida por autoridad, hay, pues, en realidad, una *inferencia de lo particular á lo particular*. Esa es la forma de razonamiento de donde derivan tanto la inducción como la deducción; primeramente la inducción, luego la deducción. El comienzo de todo el proceso del conocimiento consiste en esto: que dos fenómenos (hombre y muerte, por ejemplo) se presentan á mí simultáneamente. La próxima vez que se produzca el primero de los dos, se producirá igualmente la expectativa del otro. Si esta expectativa está confirmada, comprendo todas estas experiencias bajo una proposición general, es decir, bajo una proposición que resume todas mis experiencias. Tampoco puede darme resultado si no quiero emprender generalización injustificada. Todo razonamiento se realiza así del caso particular ó de los casos particulares á otros particulares (*from particulars to particulars*). Esta especie de razonamiento aparece ya en los niños. Cuando el niño ve la luz, en la cual se ha quemado ya una vez, retira su mano, no porque ha planteado un principio general, sino porque la vista del fuego provoca inme-

diatamente la idea del dolor. Los animales pueden igualmente razonar de esta manera, porque solo el niño que se ha quemado, teme el fuego; con el perro ocurre lo mismo. (*Logic*, libro II, capítulo III, § 3.)

Mill ve muy naturalmente que este tránsito directo de una percepción á una idea ó á una expectativa no es más que una asociación, cuya legitimidad hay que examinar ahora. Esta asociación es una asociación de la especie á la cual James Mill trataba de reducir toda asociación, es decir, una asociación por contigüidad: hemos visto muchas veces A y B y esperamos á B porque A se reproduce. Pero ¿cómo probar la legitimidad de tal expectativa? Porque en lógica no se trata de lo que reconocemos por válida, sino de lo que debemos reconocer por válido. *Evidence is not that which the mind does or must yield to, but that which it ought to yield to.* (*Logic Book*, capítulo XXI, § 1.) ¿Con qué derecho deducimos de la aparición de un fenómeno (A) la aparición de otro fenómeno diferente del primero (B)?

Fundándose en la historia de las ciencias experimentales, y por esta manera de emplearlas—Stuart Mill reconoce haber tenido precursores en Comte, Whewell y John Herschel (*On the study of Natural science*: Londres, 1830),—establece cuatro métodos principales por medio de los cuales se puede distinguir entre las asociaciones de ideas válidas y las que no lo son. La exposición muy detallada de estos métodos (cuyos grandes rasgos habla dado vagamente Herschel) forma una de las partes más importantes de la obra de Stuart Mill. No podemos aquí detenernos más que en un punto capital, en la importancia que Mill asocia á los casos negativos, es decir, en las experiencias en que un fenómeno no se produce, aunque las circunstancias sean poco más ó menos las mismas que en las experiencias en que se produce. En tales casos *el método de diferencia*, el principal método inductivo, encuentra su aplicación. Fue invocado por Bacon como una de las más importantes *instancias solitarias*. (Véase como I.) En las circunstancias particulares por las cua-

les una experiencia que ofrece el fenómeno se distingue de una experiencia que no ofrece el fenómeno, debemos ver entonces alguna cosa que está en relación causal con el fenómeno (ó bien como causa ó bien como efecto, ó de tal suerte que ambas cosas sean efectos de la misma causa). No tenemos el derecho de esperar á B después de A si no se ha probado que la no-aparición de A ocasione la nueva oposición B. Y no tenemos entonces necesidad más que de dos casos, uno positivo, y otro negativo, para fijar una ley relativa á las relaciones de A y de B.

Sin embargo, sólo en casos muy sencillos es esto, tan sencillo. En los casos complejos en que concurren un gran número de elementos diferentes, debemos comenzar por descomponer el fenómeno en sus diversos elementos, luego indagar por medio de inducciones simples cómo obra cada uno de ellos, después esforzarnos por encontrar esta vez por medio de la deducción qué resultado producirá su acción común, y á fin de demostrar por medio de la observación que nuestros razonamientos ó nuestros cálculos concuerdan tan realmente con la experiencia. El proceso íntegro del conocimiento se compone así de tres términos: inducción, deducción y comprobación. Muy lejos de desconocer la importancia del método deductivo, Mill ve además, en el oficio que desempeña la deducción en una ciencia, una prueba de la perfección de esta ciencia. No obstante enseña que toda deducción se basa en último resultado sobre inducciones y debe ser confirmada por la concordanza de sus resultados con la experiencia. Se limita á rechazar el pensamiento puro cuando quiere comenzar sin fundamento empírico y acabar sin comprobación empírica.

El método de diferencia, que debe sustentar todo el edificio del conocimiento, no es probante, como Mill reconoce claramente, si no partimos de la idea de que el encadenamiento de la naturaleza es tal, que lo que ha sucedido una vez se reproducirá cuando aparezcan las mismas condiciones. La regularidad de la naturaleza en obedecer á la ley causal es, pues, el postulado de todos nuestros razonamientos relati-

vamente á los fenómenos reales. Al examinar la posibilidad de una prueba del principio de causalidad, Mill renueva el gran problema que Hume y Kant habían discutido. Lo resuelve en el espíritu de Hume, aun queriendo ilustrarlo por su aspecto lógico, mientras que Hume lo declaraba lógicamente insoluble, de suerte que no quedaba más que una salida: dar una explicación psicológica de la formación de la idea de relación causal.

Mill niega que el principio de causalidad se funde en la creencia inmediata, en la intuición ó en el instinto. En primer lugar, la creencia y el instinto no son pruebas. Una objeción y firme asociación de las ideas puede provocar una convicción que no puede quebrantarse por medio de ninguna encadenada; pero su fuerza no es en sí una prueba. Por otro lado, dice Mill, se puede renunciar á creer en cualquier cosa en una causalidad y suprimir «el instinto». Todo hombre que está habituado á la abstracción y al análisis, y cuya imaginación puede moverse libremente, no encontrará imposible figurarse un caos absoluto en que los fenómenos se suceden de una manera constantemente variable sin ley determinada. Por lo demás, se advierte que los hombres no han creído siempre en la ley causal; han admitido «el azar» y atribuyen una realidad «al libre arbitrio». Para comprender la legitimidad de la ciencia experimental, no tenemos, pues, necesidad de admitir que la ley causal es válida para todos los fenómenos, si admitimos que es válida para los dominios en los cuales se mueve nuestra indagación; el movimiento de los planetas, por ejemplo, puede estar sometido á leyes determinadas, aun cuando el viento y la temperatura no lo estén. Y no tenemos absolutamente ningún derecho á éxtender la legitimidad del principio de causalidad más allá de la parte del universo que conocemos. Ciertas experiencias no pueden fundamentarse más que por medio de experiencias; por eso el fundamento real de la ciencia experimental debe ser establecido por la vía de la experiencia. La experiencia misma debe decirnos en qué grado podemos fiarnos

en la experiencia. Debemos hacer de la experiencia su propia medida: *we make experience its own test.* (*Logic*, III, 4, 2.)

El principio de causalidad mismo debe, pues, estar fundado en la experiencia y ser probado por la inducción. Nuestra convicción no se produce si otra experiencia no precede; se funda en que hemos visto innumerables veces semejante encadenamiento de los fenómenos. Da fin, pues, la convicción de que la ley causal es válida para un fenómeno particular, lo mismo que la convicción de que el duque de Wellington es mortal. Aquí también se encuentra uno en presencia de un razonamiento de lo particular á lo particular. Mill piensa, sin embargo, que la ley causal se apoya en tantas experiencias que podríamos decir que es la generalización más extensa que poseemos. Si hiciésemos de ella el sostén de nuestros conocimientos más limitados, elevaríamos su certeza á un grado superior.

Ahora bien: precisamente el derecho que hay á asociar en lo porvenir dos ideas (por ejemplo, A y B) porque se presentan juntas, debiera ser demostrado por la lógica inductiva; «el razonamiento» de lo particular no es, en efecto, más que una asociación. Pero en realidad no nos aproximamos á la prueba de esta justificación al saber que se funda en el principio de causalidad; porque se revela que este principio mismo se apoya en «el razonamiento» de lo particular á lo particular (es decir, en la asociación), aun cuando innumerables repeticiones refuerzan esta asociación. (Por respecto al principio de causalidad, A es «la aparición de un fenómeno»; B «la aparición de otro fenómeno determinado.») Mill se mueve en un círculo (1), ó más bien no

(1) Este círculo vicioso ha sido puesto de manifiesto con gran energía y gran precisión por Stanley Jevons en los fragmentos de la *Examination of John Stuart Mill's Philosophy*, que se vió impedido de terminar por su muerte prematura. Véase *Pure Logic and Other Minor Works*, pág. 254 y siguientes; Londres, 1890. Sin embargo, Jevons saca de su crítica de Mill, exacta en este punto, consecuencias que van demasiado lejos relativamente á la importancia de Mill, como pen-

muda de lugar. Al indicar el principio de causalidad como última base de las inducciones particulares, ha podido, á decir verdad, establecer solamente que las asociaciones más difíciles de descomponer serán capaces de conservar las más flojas y más inconsistentes; una nueva costumbre podrá ser fortificada por una costumbre antigua de naturaleza análoga. Pero eso no es una prueba.

Mill se dejó ciertamente llevar demasiado lejos por su celo en exterminar todos los principios *a priori*. Confundía (como muchos de sus adversarios) la idea del origen de un principio sacado de la naturaleza de nuestra conciencia con la prueba de su valor real. Tiene razón al sostener que aun cuando un principio tenga su razón en la naturaleza de nuestra conciencia, su valor real no está probado por ese sólo hecho. Pero sería posible que hubiese hipótesis que seríamos inducidos á establecer por la naturaleza de nuestra conciencia, y cuya comprobación detallada sería objeto de la ciencia experimental. La misión del conocimiento científico sería entonces precisar ó comprobar los postulados involuntariamente establecidos. Mill se mostraba desconfiado en cuanto se sostenía que pueden desempeñar un papel en el conocimiento opiniones involuntarias; recelaba al punto ver introducirse un dogma por contrabando. El desquite de esta desconfianza fué que su propia teoría del conocimiento se condenó á no moverse de sitio.

No hay, en realidad, razonamiento de lo particular á lo particular, si por razonamiento se entiende el proceso que

sador en general.— Véase igualmente á Arne Løchen: *Om Stuart Mills Logik (De la lógica de Stuart Mill)*, página 165 y siguientes; Kristiania y Copenhague, 1885. La crítica de Jevons había sido ya publicada en la *Contemporary Review*, 1877-79. Løchen ha podido, pues, sacar partido de ella. La obra de Løchen está, con todo, llena de observaciones y de indagaciones interesantes é instructivas; constituye una buena característica de Mill como lógico y como teórico del conocimiento. Una excelente característica de la personalidad y de la importancia de Stuart Mill ha sido dada por Leslie Stephens en el tercer volumen de su obra: *The Utilitarians*.

lleva *necesariamente* de una hipótesis á otra, y si no se quiere abolir la diferencia entre el razonamiento y la simple asociación de ideas. Si se quiere fundar en una razón sólida la transición de una cosa particular á otra, no se consigue más que por la semejanza de la primera con otra cosa anterior: como A_1 corresponde á B_1 , yo deduzco que á A_2 corresponde un B_2 . Lo que constituye aquí la transición es una analogía, y hay que examinar la legitimidad de la analogía para decidir si es permitida la transición. Así Mill debe reconocer la importancia de la relación de analogía en cualquier razonamiento (*Logic*, II, 3, 3 y III, 3, 1); pero no ve que desaparece la posibilidad de deducir, como lo ha descrito, lo particular de lo particular, y que el principio de identidad llega á ser el último postulado de todo razonamiento, ya se presente éste bajo una forma inductiva ó bajo una forma deductiva. Un acoplamiento ciego de ideas no da todavía vínculo lógico: la oscuridad acaba solamente donde puede demostrarse la relación de identidad (1).

Mill considera, sin embargo, los mismos principios lógicos, de acuerdo con su empirismo absoluto, como fundados en la experiencia. Sé desde mi primera infancia que la luz y las tinieblas, el movimiento y el reposo, el pasado y el porvenir, son atributos diferentes é irreconciliables. Sé que me es imposible creer algo y no creerlo á la vez. La creencia y la no-creencia son estados físicos incompatibles. Por medio de la generalización saco, pues, la proposición de que lo que es contradictorio no puede ser verdadero. Pero esta proposición no puede adquirir necesidad sobreponiéndose á lo que me enseña la experiencia. Aun cuando nos detengamos ante ciertas tesis que no podemos representarnos sin sentir contradicción, no tenemos, sin embargo, derecho á deducir de ahí que son en realidad imposibles. Puede haber asociaciones de ideas

(1) En mi exposición anterior, yo apoyo en eso mi crítica de la teoría del conocimiento de Mill. Véase *Introducción á la filosofía inglesa*. (Traducción alemana, pág. 44-51.)

que son tan sólidas que no podemos disolverlas. No obstante, la historia de la ciencia nos muestra hasta la saciedad que lo que se consideraba en otro tiempo como inconcebible, puede ser verdadero. Cuando vemos cosas incomprensibles hacerse inteligibles en el curso de los tiempos, el carácter incomprensible de lo que contradice una hipótesis no puede ser una prueba de la exactitud de esta hipótesis. Solamente por la vía de la experiencia, pero no por medio de criterios subjetivos, aprendemos lo que es posible y real. De las dos cuestiones, de saber si hay contradicciones que sean más que asociaciones de ideas efectivamente insolubles, y si estamos autorizados á creer que lo que es contradictorio no puede existir, es evidentemente la última la que tiene más interés para Mill. Se expresa aún de una manera vacilante en sus escritos posteriores (*Examination of Sir William Hamilton's Philosophy*, segunda edición, pág. 67), sobre la cuestión de saber hasta qué punto la incompatibilidad de dos opiniones contradictorias está basada en la naturaleza original de nuestra conciencia, ó si proviene de la experiencia; pero persiste en creer que una necesidad subjetiva no puede fundamentar una realidad objetiva. Aquí Mill desdena, sin embargo, la fuerza estimuladora, promovedora de la contradicción. La contradicción de algunos de estos principios que precisamente derivamos de la experiencia, nos hace plantear problemas y nos excita al trabajo para desterrar la contradicción. Si no nos sirviésemos continuamente de la contradicción como criterio, nuestro pensamiento no tardaría en adormecerse. Del mismo modo que el principio de causalidad nos da nuestras hipótesis, así también el principio de contradicción nos crea problemas. Aquí también la desconfianza de Mill le ha llevado demasiado lejos.

Los principios matemáticos son, como los principios lógicos, generalizaciones conformes á la experiencia. Las matemáticas son, sin duda, una ciencia racional, que lleva por el camino del pensamiento á resultados necesarios; sin embargo, se apoyan en principios que no pueden sacarse más

que de la experiencia. Así las definiciones geométricas contienen elementos tomados de la experiencia, aunque estos elementos empíricos estén representados con una perfección y una exactitud mayores de las que ofrece la experiencia. La definición del círculo, por ejemplo, implica que todos los radios son iguales, lo cual no se puede demostrar, sin embargo, de los radios de un círculo real. Sin embargo, todos los círculos reales se aproximan más ó menos al círculo ideal, con respecto al cual la geometría prueba sus proposiciones, y cuanto mayor es la aproximación, más valor tiene la aplicación de estas proposiciones á la realidad. Pasamos de un salto de lo que es sensiblemente igual á lo que es absolutamente igual, porque eso nos permite sacar consecuencias; y al hacer uso de estas consecuencias tenemos después en cuenta el grado de aproximación. La geometría tiene, pues, hipótesis (ó si se quiere, ficciones) por base. Para que la geometría tenga un valor real, es menester que la naturaleza del espacio corresponda á las observaciones que utilizamos para formar nuestras hipótesis ó ficciones ideales. En cuanto á saber si el espacio está así formado en todo el mundo, no podemos hacerlo *a priori*. Si Mill se hubiese detenido más en la idealización, que lleva al establecimiento de las hipótesis de la geometría su teoría del conocimiento, hubiera tomado acaso otro carácter, porque hubiera comprendido que se puede reconocer muy bien un elemento *a priori* de nuestro conocimiento, sin pensar por eso que se puedan fundamentar sobre éste, sin más precauciones, creencias que atañen á las propiedades de la existencia. No se puede decir, pues, de la tentativa hecha por Mill, para desarrollar el empirismo y para tomar en serio la teoría de la *tabula rasa*, que haya logrado éxito. Pero al aventurar este intento, ha difundido más luz sobre la naturaleza de nuestro conocimiento, gracias á sus investigaciones penetrantes y ramificadas en todos sentidos. En sí mismo, el intento puede ser considerado como el contrapeso del método dialéctico de Hegel: mientras que Hegel quería hacer salir la verdad de la evolución que opera por sí